CARTA LINGÜISTICA

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 14 de Julio de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: En nuestro último comunicado hemos probado con irrecusables datos que nuestros actuales nombres, expresivos todos de cualidades, no hubieran podido dar ser al nombre ni vivificar, por tanto, la palabra humana, si los sujetos, las cosas, ú objetos por ellos calificados, no hubieran tenido en la lengua su nombre genérico y comun en aquella onomatopeya *i*, con la cual designó el pueblo euskaro el principio generador de todos los seres, esencia de las cosas y sujeto obligado de quien emana, y á quien van á parar cuantas cualidades puede el hombre percibir y expresar por medio de su voz.

Por esta razon la palabra vivificada recibió su nombre del sujeto que le habia vivificado, y llamóse á su vez *i*, resultando de aquí que el vivificador de los mundos creados, el Verbo Divino, y el vivificador de las lenguas habladas, el verbo humano, tienen en el bascuence el mismo nombre y forman una misteriosa unidad, que no podria romperse ni disolverse sin la muerte de la lengua, ó sin la negacion de Dios. La vida del lenguaje se halla, pues, tan íntimamente enlazada con la nocion de Dios, que las lenguas perecerían, si se arrancara del alma del hombre la idea religiosa que ha dado ser y vida á aque-

la nocion. Nos importa, pues, dejar bien comprobada, la existencia de aquella unidad, demostrando que la onomatopeya *i*, radical del monosílabo *i-z* ó *i-tz*, bien conocido de nuestros filólogos, ha sido, en efecto, el nombre de la palabra humana, como ha sido tambien, segun demostramos en su lugar, el nombre de Dios ó de la palabra Divina. (I.ª) Procedamos, pues, á esta demostracion, y supongamos. para ello que nuestra anterior afirmacion es verdadera, como en efecto lo es. En este caso los lectores convendrán con nosotros en que aquella onomatopeya del espíritu, muy abonada para dar nombre á la palabra por lo que tiene de más noble y principal, esto es, por la idea espiritual contenida en ella, resulta, sin embargo, deficiente para darnos á entender la encarnacion de aquella idea en el sonido de la voz humana, que es lo que constituye la palabra hablada, á la manera, dirémos nosotros, que la misma onomatopeya muy propia para dar nombre al espíritu universal, ser abstracto que contiene dentro de si los espacios y el tiempo; resulta, sin embargo, deficiente para darnos á conocer al ser concreto, contingente y limitado y contenido dentro del espacio y del tiempo.

De aquí resulta que la palabra hablada y el ser contingente no hubieran tenido signos abonados para su expresion, si la lengua en su sabiduría no hubiera unido aquella onomatopeya *i* con la consonante *z*, de misteriosa significacion, como todas las letras del alfabeto, pero calificada por nuestros filólogos de abundancial, (sustancial) é idónea por esta razon para darnos á entender la acumulacion del espíritu difundido en los espacios en un punto dado de los mismos, y en un momento determinado del tiempo, é idónea tambien para expresar la acumulacion y fijacion de la idea espiritual en el sonido de la voz, que tambien se produce dentro del espacio y del tiempo. (2) Uniéronse, pues, ambas voces, y de esta union nació el monosílabo ántes citado *iz*, *itz*, importante radical, cuyos signados pueden determinarse *á priori*, teniendo en cuenta el valor de los factores de que se ha formado.

En efecto, si este monosílabo hace relacion á la presencia, fijacion y acumulacion del espíritu en el ser concreto y limitado, recibirá la significacion de *(existencia, ser)* y se convertirá en el que fué el verbo sustantivo primitivo del bascuence *iz*, que pereció en las inflexiones del actual auxiliar pasivo *izan;* si por el contrario hace referencia á la presencia de la idea espiritual en el sonido de la voz, recibirá la sig-

nificacion de *palabra, verbo* (3) De este modo los vocablos palabra, ser, verbo, existencia, cuya sinonimia en las lenguas modernas no puede desconocerse; quedarán confundidos en el viejo y vetusto bascuence, bajo la comun denominacion de *iz* ó *itz,* y de esta radical derivará la lengua en periodo más avanzado de su evolucion, entre otros términos de que nos hemos ocupado, el actual verbo sustantivo *iz-an* y el activo *e-san* (decir) voces ambas, cuyo orígen comun se aprecia mucho mejor por los misteriosos lazos que median entre *palabra* y *ser,* que por la afinidad de su estructura orgánica, la misma para ambos verbos. (4.ª)

El lector podrá comprobar la verdad de estas apreciaciones y convenir con nosotros en que la onomatopeya *i* ha sido, en efecto, el nombre que ha llevado en bascuence la *palabra-idea,* y el espíritu creador que vive de sí mismo y fuera de todo tiempo y de todo espacio, al paso que su derivada *iz* ha sido á su vez el nombre de la *palabra-sonido,* y del ser contingente que vive dentro del espacio y dentro del tiempo, con lo cual dejamos comprobada la existencia de aquella misteriosa unidad de que hemos hablado.

Sentados estos principios, sin cuyo conocimiento no puede darse un solo paso de provecho en el estudio del bascuence, pasarémos á ocuparnos de la formacion de sus pronombres. Despues que el hombre hubo llamado *I* á la palabra, esencia de su pensamiento y emanacion de su espíritu, llamóse á sí mismo *I* por su palabra, signo distintivo de su especie, y don precioso á cuyo favor se aparta de las demás criaturas, tanto como se acerca á su Criador: entónces nació en el bascuence el pronombre personal que no es, como suponen los gramáticos, una voz cualquiera que se pone en el lugar del nombre, sino el nombre real y efectivo de la persona que fué llamada así por su palabra.

Mas esta onomatopeya del espíritu *i* ha sido en el bascuence, segun hemos dicho repetidas veces, la nota ó el signo del principio vivificador, por cuya virtualidad son y existen todas las cosas, y así como este principio tiene su nombre Dios, y no puede ser, sin embargo, comprendido, distinguido ni conocido, así tambien las cosas por él designadas tendrán nombre, pero no podrán ser comprendidas ni distinguidas. De aquí se deduce la aptitud por un lado de dicha onomatopeya para dar nombre al sujeto, y su deficiencia, por otro, para darnos á conocer el sujeto mismo, ó sea la cosa vivificada por aquel

principio, y su deficiencia tambien para darnos á conocer la personalidad humana que se compone además de un principio espiritual de un cuerpo unido con aquel, vivificado y regido tambien por él. Por esta razon el bascuence unió dicha voz con la onomatopeya *a,* que siendo, segun hemos dicho, la nota de la extension y de la situacion que dentro de ella tienen los seres creados, hace referencia á la naturaleza sensible y corpórea del sujeto, perceptible por nuestros sentidos y cuyas formas, extension é impenetrabilidad, accidentes que determinan su situacion, permiten distinguir entre si unos de otros los seres gerárquicos de la naturaleza.

Unidas, pues, ambas voces dieron origen á la doble onomatopeya *ia,* que designa la persona de quien se habla, y cuya idea se quiere comunicar; señalando y fijando la situacion que ocupa en el órden creado de la naturaleza. Entónces nació el pronombre de la tercera persona, que desempeña las funciones citadas y quedaron separadas de ella las dos primeras, aunque confundidas hasta ahora bajo la comun denominacion de *i.* No tardara la lengua en separarlas con la misma sabiduría que mostró en aquella primera clasificacion, mas ántes de ocuparnos de esta segunda separacion, nos conviene llamar la atencion de los lectores sobre la composicion *i, ia* de nuestros pronombres, idéntica á la que tienen nuestros artículos *(gizon-i, gizon-ia)* en aquella declinacion primitiva que hemos sacado á luz por primera vez, á fin de exponer á la vista del lector las razones que han motivado aquella identidad primitiva de la cual conservan las lenguas modernas vestigios evidentes en aquellas voces *el, ella, los, las,* del castellano, *il, elle, le, les,* del francés etc. etc., artículos y pronombres en sus respectivas lenguas. Mas como esta exposicion habia de prolongar demasiado el artículo, dejaremos para otro dia la continuacion de nuestro trabajo analítico, y dándole á V. las más espresivas gracias por la insercion del presente, se repite de V. su afmo. amigo y S. S.

Q. B. S. M.,

JOSÉ DE GUISASOLA.

Nota I.ª El monosílabo *iz,* cambia su consonante *z* en la doble tz, cuando va seguido de la vocal *a,* así decimos *itz-a* (la palabra), *itz-a-ia,* eufonizado *etz-a-ia* (el espíritu), *itz-a-la* (ser ó ente poderoso): en cambio conserva la *z* cuando va seguida de otra letra; así decimos *izkaria* (lenguaje), *izena* (nombre) etc.

2.ª Esta *z* en efecto hace referencia á la abundancia en la cualidad expresada por la voz á que se junta: así decimos *miñe-z* (con dolor), y la consonante *z* hace referencia á la abundancia y acumulacion de dolor, y significa lleno de dolor: *illeta-z* (con quejidos) hace referencia á la abundancia de quejas ó ayes, y significa lleno de queja.

3.ª Este monosílabo *iz,* fué en efecto el infinitivo primitivo de nuestro verbo sustantivo, y lo que decimos nosotros está acorde con las ideas recibidas en este punto, y segun las cuales convienen todos en que el hombre comenzó á hablar con el infinitivo: así cuando dijo *ni-iz* ó *niz* (yo soy) como dicen los bascos, ó *naiz,* como decimos nosotros, eufonizando la voz, decia *yo ser,* del mismo modo, cuando dijo *i aiz* (tu eres) decia *tu ser,* hablando siempre en tercera persona, ó en infinitivo: solo más tarde llegaron á fundirse estas palabras para adquirir el sentido y la distincion que tienen, mas para ello tuvo que perecer aquel monosílabo.

4.ª Estas ligeras variaciones en las voces de igual estructura, son frecuentes en las lenguas, cuando la misma voz tiene que expresar conceptos diferentes: así por ejemplo, de la palabra *ili* euskara que significa pelo, pero tambien hilo, como lo demuestran sus compuestros *ar-ili-a,* pronunciando *arilla,* significa el hilo extendido, delgado: *il-bana* (hilo ó costura separada) de *bana,* separado ó uno á uno; pues bien, de esta palabra euskara ha derivado el latin su *p-il-us, i* (el pelo), *f-il-um, i* (el hilo) y el castellano ha imitado al latin; tal es la razon de la diferencia de *izan,* (ser) y *esan* (decir).

CARTA LINGÜISTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 22 de Octubre de 1585.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Ateniéndonos á las análisis practicadas sobre la declinacion euskara, hemos podido afirmar en su lugar oportuno y con la seguridad que puede alcanzarse en este género de investigaciones, que el nombre de Dios ha sido la palabra primera que ha salido de los labios del pueblo euskaro, como ha sido tambien la que ha vivificado á todas las demás de nuestra nativa lengua.

Ahora bien; en vista de este resultado, tan sorprendente como inesperado, no hemos podido ménos de preguntarnos, si en la vivificacion de su palabra pudo el hombre seguir derroteros distintos de aquellos que nos marca nuestra lengua, ó si por el contrario, en todas las demás no han sucedido las cosas de la misma manera que en el bascuence, en cuyo caso habríamos resuelto el importante problema de los orígenes del lenguaje, considerado por los filólogos como superior á las facultades del hombre.

Trasladada, pues, la cuestion á este terreno, y consultado al efecto nuestro raciocinio, debemos confesar que nos hemos sorprendido al saber que, en efecto, el nombre de Dios, ósea la afirmacion de su existencia hecha por la palabra del hombre, ha sido á las lenguas lo

que la nocion de Dios ó afirmacion de su existencia,hecha por larazon del mismo, ha sido para su religion; esto es, su principio vivificante y su punto de partida. Así pues, debemos á nuestro bascuence el saber que las lenguas no hubieran podido nacer á la vida, si el hombre, pot un privilegio exclusivo, tan solo concedido á su persona, no hubiera poseido el conocimiento de Dios, que ha sido, en efecto, el misterioso principio que ha animado y vivificado para él la creacion, como ha animado y vivificado sus lenguas y su religion.

Tal ha sido el resultado conseguido con la citada pregunta; y podrán los lectores juzgar, si esta conclusion es tan conforme con la razon como con nuestra análisis; entre tanto, pasarémos nosotros á exponer los fundamentos en que descansa.

Si nosotros borramos de la mente del hombre la nocion de Dios que vivifica su inteligencia, toda religion desaparecerá de su alma, y la creacion no existirá para él, como no existe tampoco para el bruto; mas entónces, el nombre de Dios quedará tambien suprimido en las lenguas, como ha quedado suprimida su nocion en el pensamiento del hombre; y privado éste de todo conocimiento de Dios y de la creacion, quedará incapacitado de concebir una sola idea, porque ésta tiene su entidad, su realidad y su existencia, lo mismo que la cosa de que es imágen, dentro de aquella creacion que sería desconocida para el hombre.

Ahora bien; si quitamos á la palabra la idea que la vivifica, ¿á qué quedara reducida? á un sonido inarticulado, semejante al grito de los animales, y el cual sería á la palabra hablada lo que son los organismos muertos á los séres que han dejado de existir. Si quitamos al hombre la nocion de Dios que vivifica su inteligencia, ¿á qué quedará reducido el hombre? á un ser fisiológico, admirablemente dotado para percibir toda clase de sensaciones y para expresarlas por medio de los diversos acentos que Dios ha depositado en su pecho, pero incapaz absolutamente de abrigar un solo pensamiento, ni de concebir una sola idea. Así pues, habrémos matado en el hombre el alma racional y el sér psicológico, para convertirlo en un animal, el primero, sin duda, de la escala zoológica, pero semejante en todo á los demás sus compañeros, y privado, como ellos, de toda religion, de toda palabra y de toda idea de Dios. Luego, segun esto, media entre las religiones y las lenguas una misteriosa y no bien conocida solidaridad, nacida de que, así las unas como las otras, se nutren y

alimentan de la idea de Dios, y este hecho, que no ha sido apreciado hasta ahora en su justo valor, explica aquella unidad, tambien misteriosa, que forman en el bascuence la palabra divina, vivificadora de la naturaleza creada, y la palabra humana, vivificadora de las lenguas, confundidas ambas, como vimos en el anterior comunicado, bajo la comun denominacion de *i*, signo de Dios en nuestra nativa lengua; pero el nombre tambien de la palabra. Por haber desconocido estas verdades, han incurrido los filólogos en errores, como el que registramos en uno de sus más ilustres representantes, Witney, el cual en su obra, la vida del lenguaje, y hablando de sus orígenes, dice textualmente lo que sigue: «El lenguaje comenzó el dia en que el hom»bre profirió uno de sus gritos naturales, la esclamacion, por ejem»plo, que el dolor arranca de su pecho no instintivamente, sino in»tencionadamente, y para significar yo sufro, yo he sufrido ó yo sufriré, »y cuando al expresarse así fué comprendido por su compañero, en»tónces nació la palabra humana.»

Ahora bien; prescindamos por un momento de la omision en que incurre el sábio profesor, al dejar de explicarnos, por qué virtualidad la interjeccion del dolor, expresivo de una sensacion, y acto puramente fisiológico, se transformó en el nombre del mismo, expresivo de una idea, y por consiguiente, acto psicológico, y pasemos á analizar las expresiones que nos cita como ejemplo.

¿Quién no advierte que ántes que dijera el hombre *yo sufro,* habia dicho *yo soy,* afirmando de este modo su propia personalidad, cual no habia podido hacerlo ántes de él ninguna otra criatura? y ¿quién no advierte que al decir el hombre *yo soy,* añadió *y no soy por mi voluntad, sino por la voluntad de un poder superior de quien depende mi existencia,* afirmando de este modo la personalidad de Dios? y últimamente ¿quién no advierte que ántes que dijera el dolor es conmigo, separando la sensacion del dolor del nombre del mismo, dió á esta cualidad una existencia dentro de la creacion, reconociendo de este modo la existencia del Creador?

Luego el conocimiento de Dios por el hombre ha sido anterior á la palabra primera que ha podido imaginarse el reputado lingüista; y como esta misma, análisis es aplicable á cualquiera otra, resulta que la nocion de Dios, y por consiguiente su nombre, ha sido anterior á toda otra voz, como ha sido la palabra primera que ha salido de los labios humanos, tal cual se desprende de las enseñanzas de nuestra nativa lengua y de nuestros análisis.

Concluyamos con una última reflexion, que sirva como de epílogo á los anteriores razonamientos.

La filología compara con razon las lenguas y sus voces á otros tantos organismos, y como estos tienen sus orígenes en el cielo, y su principio en Dios, por más que haya nacido en el seno de la naturaleza para vivir sujetos á las leyes de su Criador, resulta que para que sea admisible y verdadero aquel paralelo, es preciso que las lenguas á su vez tengan sus orígenes en el cielo y su principio en Dios, por más que sean nacidas en la mente del hombre para vivir sujetas á las leyes de su inteligencia.

Luego, segun esto, las lenguas son la obra del hombre, y el producto de su actividad, como los séres vivos son la obra de la naturaleza y el producto de su actividad, y como el hijo es la obra de su padre y las generaciones presentes son la obra de las generaciones pasadas.

Mas Dios ha sido el generador de aquel primer viviente en quien se contenia virtualmente la humanidad entera, y Dios, asimismo ha tenido que ser el generador de aquel primer organismo de la lengua, ó lo que es lo mismo, de aquella primera palabra en la cual se contenian virtualmente, cuantas el hombre podrá crear en la sucesion de los siglos; de lo contrario, el paralelo establecido será una mentira. Y esta primera palabra, que es á las lenguas lo que el primer viviente á la naturaleza creada, ha sido y ha tenido que ser necesariamente el nombre de Dios, ó sea, la afirmación que ha hecho el hombre de su existencia, requisito sin el cual la creacion no existiria para él, como no existirian tampoco sus religiones y sus lenguas.

Luego Dios ha sido el vivificador de la naturaleza creada y su nombre el vivificador de las lenguas.

En el siguiente comunicado comenzarémos á hacer algunas aplicaciones prácticas de los principios hoy sentados, y entre tanto tiene el mayor placer en saludarle cordialmente su afmo. S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUISASOLA.

CARTA LINGÜISTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

San Sebastian.

Eibar 28 de Noviembre de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de mi distinguida consideracion: Para concluir con lo que aún tenemos que decir respecto de los orígenes del lenguaje, nos proponemos en el presente artículo poner de manifiesto las inconsecuencias en que han caido los filólogos, que, despues de comparar las lenguas y sus voces á los organismos vivos de la naturaleza creada, se apartan, sin embargo, de sus mismas doctrinas, para incurrir en contradicciones que prueban su falta de fé y confianza en las verdades mismas que proclaman; de lo contrario, convendrian con nosotros en que las palabras, si bien son y viven por la virtualidad de una idea, como los séres á quienes se las compara por la virtualidad de un principio vital, han nacido á su vez, lo mismo que estos últimos, las unas de las otras por generaciones que no es dado conocer siempre al hombre, pero que se remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera palabra que no habiendo tenido antecesor alguno de quien nacer, tuvo que producirse en virtud de un principio distinto al de todas sus compañeras.

De este modo hubieran planteado la cuestion en el terreno á que les llaman sus mismos principios, formulándola en las siguientes preguntas: ¿Cómo nació aquella primera palabra, en la cual debian contenerse todas las demás, como en el primer viviente salido de las manos de Dios se contenian los séres todos de la creacion? ¿cuál fué el principio que la vivificó, y cuál su signo en la lengua?

Si hubieran procedido de este modo, hubieran llegado á conocer, con la certeza misma con que nosotros conocemos, que no es tan difícil, como se imaginan, precisar, fijar y determinar, si no la palabrageneradora de las demás, (puesto que de ella no queda vestigio alguno en las lenguas modernas) por lo ménos el principio que la vivificó, y que no es otro que la idea de Dios, primera que ha alumbrado la inteligencia del hombre, como ya lo hemos demostrado ántes, y volverémos á hacerlo hoy, para confirmar mejor la doctrina euskara sobre la vivificacion de la palabra por medio del nombre de Dios.

Si nosotros consultamos las obras modernas que se ocupan de los orígenes del lenguaje, advertirémos que todas convienen en que las interjecciones y los gritos naturales han sido los elementos primeros de la palabra humana; mas todos conocemos la diferencia esencial que separa la interjeccion, expresiva siempre de una sensacion, y acto fisiológico, de la palabra hablada, expresiva siempre de una idea y acto psicológico, como conocemos tambien que toda diferencia se expresa en las lenguas por medio de signos, á que se ha dado en llamar caracteristicas. ¿Cuál fué, pues, preguntamos nosotros, la característica de que se valió el hombre para distinguir la interjeccion-sensacion de la palabra-idea? Si el bascuence (y lo que decimos de él es aplicable á toda lengua) distingue el nombre definido del indefinido por medio de la característica *a,* nota de situacion, el agente del pacientepor la *k,* nota de actividad, el plural del singular por la *e,* nota de reproduccion, el posesor por la *n,* nota de posesion etc. etc., en una palabra, si á cada cambioen el sentido de la voz, ó en el estado del sugeto corresponde su signo, ¿cuál fué aquel de que se valió la lengua para señalar el cambio que sufrió la voz humana en su tránsito del estado de interjeccion al de la palabra hablada?

Para responder á esta pregunta en la que se contiene el secreto del nacimiento de las lenguas, fijémonos primero en que toda palabra filológicamente considerada, lo mismo que todo ser organizado para el naturalista, encierra dos afirmaciones fundamentales; una primera

la dequelo es, y llena las condiciones de tal en cuanto se halla animada de una idea, no importa cual; otra segunda, la del concepto particular espresado por ella: la primera comun á todas las voces, y su condicion obligada se halla contenida en la segunda, y es á la palabra hablada lo que el principio vital á todo ser organizado; esto es, su principio vivificante y como si dijéramos, su misma esencia; la característica, en fin, que separa la palabra hablada de toda interjeccion. Ahora bien; esta afirmacion que es la incógnita que nosotros buscamos, ha debido tener su signo en la lengua, puesto que no ha cruzado una sola idea por la mente del hombre, que este no la haya expresado por medio de su palabra. ¿Cuál ha sido, pues, preguntamos nosotros, el signo de que se valió el hombre para expresar aquella afirmacion, ycuál la idea que vivificó aquel signo?

Para responder á esta segunda pregunta, tengamos presente que si las palabras primeras fueron otras tantas interjecciones, fueron y debieron ser otros tantos nombres, puesto que esta parte gramatical es anterior y ha precedido á todas las demás, como el ser ha precedido y es anterior al conocimiento del mismo, el agente á la accion y el infinitivo rígido á las inflexiones del verbo, de modo que la pregunta ántes formulada puede modificarse del modo siguiente. ¿Cuál ha sido la característica de que se valió el hombre para separar la interjeccion, expresiva de sensacion y acto fisiológico, comun al hombre y á los animales, del nombre gramatical expresivo de una idea y acto. psicológico que solo es dado realizar al alma racional é inteligente del hombre? Tal es la pregunta á que vamos á contestar con una facilidad que debe sorprender á aquellos filólogos que en su pesimismo han llegado á creer que los orígenes del lenguaje no serian revelados al hombre. Pasemos, pues, á nuestro objeto.

Si fijamos nuestra atencion en las funciones que desempeña aquella parte gramatical, advertiréinos fácilmente que el nombre es la afirmacion de una existencia, no importa cual, pero que es la condicion que ha de llevar para merecer el nombre de tal, puesto que, cuando imponemos el suyo á una cosa dada, cualquiera que sea, es innegable que comenzamos por afirmar su existencia que es en efecto anterior á toda otra manifestacion, como es tambien la condicion necesaria para que esta se produzca.

Ahora bien; toda existencia dimana de Dios, por cuya virtualidad son y viven, así las cosas,como los séres; y esta idea, que halla-

rémos grabada en la mente de todo hombre, por degradado que sea su estado, tenemos que hallarla igualmente grabada en su lengua, si la palabra humana ha de ser la fiel expresion del pensamiento. Mas Dios no existe para la lengua, sino mediante su signo, y como ninguna existencia es posible sin Dios, resulta que tampoco es posible sin su signo, el cual se convierte de este modo en la condicion obligada de todo nombre, puesto que este es la afirmacion de una existencia, no importa cual.

Así, pues, el signo de Dios, nota de toda existencia y condicion de todo nombre, ha sido la característica que nosotros buscamos y la vivificadora de toda palabra: y como ha sido además la palabra primera que ha salido de los labios humanos, ha debido producirse en virtud de un principio distinto al de sus compañeros, si ha de ser verdadera la doctrina por nosotros sentada.

En efecto, repasen los lectores las análisis que llevarnos practicadas ántes de que adquiriéramos las luces que hoy poseemos sobre esta materia, y advertirán fácilmente que el signo de Dios ha sido en el bascuence aquella onomatopeya *i,* de la cual dijimos ser la exclamacion que sale del pecho, del hombre en sus angustias, y siempre que se halle poseido de aquel temor respetuoso que toda criatura siente ante la majestad y presencia de Dios, cuya grandeza espanta y cuyo poder confunde, abate y aniquila al hombre.

Resulta, pues, que aquella onomatopeya *i,* sin dejar de ser interjeccion, se convirtió en la palabra ó en el nombre primero con que la criatura ha saludado á su Criador, reuniendo de este modo un carácter doble que en vano hallará el lector en las demás interjecciones, puesto que todas sin excepcion han sido provocadas por cualidades que dejarian de serlo, si el hombre por un privilegio, sólo concedido á su persona, no vislumbrara á través de los objetos y de sus cualidades, un sugeto generador en quien estas vienen á vincularse, y el cual no es otro que el misterioso principio de toda existencia, ser invisible, presente en toda cosa criada, y sin embargo, distinto de ella, causa primera de todo lo existente, y esencia de todas las cosas, en una palabra, Dios.

Las palabras, pues, como las ideas por ellas expresadas, han nacido las unas de las otras por generaciones que se enlazan entre sí, y se remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera que no habiendo tenido antecesor de quien derivar, tuvo que

producirse en virtud de un principio distinto, Dios, cuya idea ha sido la primera que ha alumbrado la inteligencia del hombre, como ha sido tambien la que ha vivificado el primer signo de las lenguas.

Resumiendo cuanto llevamos expuesto, resulta que sin salir del terreno de la razon y de la más rigorosa lógica, y apoyándonos además en las verdades filológicas mejor demostradas, hemos llegado á poseer el misterioso signo de la palabra humana, el cual es al lenguaje, creacion del hombre, lo que el primer viviente es á la naturaleza, creacion de Dios, esto es, su principio fecundante y el gérmen primero de que han de nacer más tarde la série infinita de las voces, que posee el género humano, como de aquel primer viviente nacieron la série de los séres que pueblan el universo. ¿Cómo se operó, pues, la misteriosa obra de aquellas primeras generaciones de que habrán de salir las lenguas habladas? ¿Cómo mostró su virtualidad aquel primer gérmen de la palabra humana? Esta segunda pregunta será el objeto del artículo siguiente.

Entre tanto darémos fin al presente suplicando al lector nos dispense nuestra reiterada insistencia sobre esta materia, por el mucho interés que ofrece, tanto para el progreso de la filologia, como para el enaltecimiento de nuestro querido bascuence, providencialmente llamado á sacar la lingüística del inútil caos en que hoy se agita para elevarla á la categoría de una verdadera ciencia, basada en un principio cierto, la idea de Dios, regida por leyes conocidas, las de la inteligencia del hombre y sujeta á reglas que todos podemos aprender en nuestras respectivas gramáticas.

Con este motivo tiene el mayor placer en saludarle cordialmente este su afmo. S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE GUISASOLA.